

## La poda

Ya estamos muy familiarizados con el relato que cuenta el Evangelio para este domingo de Pascua. Jesús, la vid, tiene raíces y estabilidad; nos sustentará siempre. Somos el sarmiento que no puede vivir sin la vid.

A lo mejor te gustaría detenerte brevemente aquí para contemplar esta imagen tan rica. Toma un momento para hacerlo.

¿Por qué? Porque otra faceta de esta imagen tiene que ver con el ser podado. Podar una planta significa cortar partes de ella. Jesús lo menciona dos veces en el Evangelio de hoy: Hablando como la vid, dice que el Padre

A todo sarmiento mío que no da fruto lo poda para que dé más fruto. ([Evangelio](#))

¡Ay! Si no damos fruto, el labrador nos tira fuera, “como al sarmiento, y se seca.” Si damos fruto, tenemos que ser podados. Parece que salimos perdiendo en todo caso.

Y la culpa es nuestra:

Si yo fuera una mejor persona, si tan sólo hubiera hecho lo correcto, si el mundo fuera distinto, si yo hubiera tenido más suerte en la vida ... Si no hubiera cometido tantos errores no tendría que ser podado. Toda la culpa es mía.

Pero la culpa es una característica fundamental de la vida humana. “Todo sale mal,” nos dice. Para ser sinceros, mucha gente considera que la crucifixión es el resultado de sus propios pecados. “Soy responsable de esto. Mis pecados mataron a Jesús.” Aunque esto es verdad en parte, semejante declaración es exagerada. ¿Cómo podrían tus pecados derrotar al Señor del universo?

De modo que tiene que haber una mejor manera de manejar la culpa.

Primero, mira a ver si tú no das ningún fruto. Ninguno. Si de veras es así, busca la ayuda de alguien, porque te estás muriendo espiritualmente. La mayoría de nosotros sí da buen fruto—es que no nos damos cuenta.

Segundo, una vez que veas que das fruto, piensa en lo que es la poda. Es una manera de mejorar las cosas—una planta, un árbol, una huerta. Si le cortas a tu filodrendo las viejas ramitas secas, por ejemplo, volverá a crecer en lugar de marchitarse. La poda anima el crecimiento y mejora la salud de la planta o del árbol.

Tercero, visto de esta manera, tú y yo necesitamos ser podados con cierta frecuencia, ¿verdad? Aquí tienes un ejemplo. Tal vez sin darnos cuenta, nos consideramos a nosotros la vid, independientes de Cristo, y no sólo el sarmiento. En ese caso, el ser podado es imprescindible, no para castigarnos, sino para asegurar la salud de la persona completa, del jardín entero, de toda la huerta—el cuerpo místico de Cristo.

¿Puedes confiar en la estabilidad de la mano de Jesús, el jardinero? ¿Confiar, aunque sufras? Este domingo, bebe lo más que puedas de la confianza abundante que mana de la mesa del Señor. Deja que la Palabra te instruya, deja que el cuerpo y la sangre de Cristo, que fueron podados casi completamente, te llenen y te formen.

Entonces todos nosotros podremos decirle al Señor, sigue, poda todo lo que estorbe. Yo no soy la vid, sino el sarmiento.

A mí no me toca ser perfecto; me toca permanecer en ti, Cristo, y permitirme hacer el bien en mí, por mí, y por nosotros.

***Juan Foley, SJ***